

La literatura y su enseñanza en la actualidad (algunos aspectos)

José Montero Padilla

Un hecho perceptible hoy con facilidad, más aún: evidente, en la realidad de la enseñanza española actual, es el alejamiento, el progresivo abandono de los estudios denominados tradicionalmente de humanidades (1), de humanidades en general y, entre ellos y de modo concreto y específico, de literatura. El mundo clásico -y en especial las lenguas griega y latina- han dejado de interesar y, en la práctica, han desaparecido -o casi- del horizonte estudiantil. El hecho es incuestionable, a despecho de lamentos o protestas -absolutamente inútiles, reconozcámoslo-. Y si ello resulta revelador de toda una actitud de la sociedad actual, tal actitud, a su vez, es alentada e impulsada por las directrices o planificaciones estatales para la enseñanza. Todo género de datos nos confirma en esa lamentable, amarga realidad, y, así, por ejemplo -un ejemplo menor-, la Orden de 26 de octubre de 1990 -reciente, pues-, del Presidente de la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, por la que se convocan acciones de formación en el marco del Programa Nacional de Formación de Personal Investigador del Plan Nacional de Investigación Científica y Técnica (BOE del 30 de octubre), suprime casi por entero, de la relación de los 33 temas priorizados (sic), los de carácter humanístico, que se reducen a los enunciados como Estudios sociales y culturales sobre América Latina (sic, Latina), Patrimonio Histórico, España y el mundo árabe...

Sí, estudiar literatura, enseñar literatura, ¿para qué? Y las palabras de Hölderlin adquieren de nuevo sentido y actualidad: «¿Y para qué un poeta en tiempo de penuria?»

De otra parte, la «inutilidad» de la literatura -una «inutilidad» entre comillas- ha sido admitida desde antiguo. Porque la literatura -en alguna ocasión lo hemos afirmado incluso por escrito (2)- no sirve para nada. Así lo consideraba, en 1939, Guillermo Díaz-Plaja -aunque, por supuesto, matizaba y explicaba el sentido de tal aseveración (3)-.

Y así lo ha reiterado, en 1974, el profesor Andrés Amorós: «La literatura no sirve para nada concreto, para nada que se pueda medir o definir con exactitud. No quita el hambre ni la sed. No da dinero. Pertenece al ramo perfectamente inútil de las Bellas Artes, como un cuadro de Picasso o una sinfonía de Mahler. Para los sectores más inquietos, conviene hacer notar que la literatura no mejora la condición de los pueblos subdesarrollados ni elimina del mundo la opresión o la injusticia. Al menos de un modo inmediato y directo.» (4).

Todo ello es cierto, sí, pero, a la vez, no debemos olvidar que el conocimiento de la literatura y de la lengua -realidades inseparablemente unidas- permite perfeccionarnos en la comprensión del pensamiento ajeno y en la expresión del propio, o sea, comunicarnos con los demás seres -prójimos, próximos- y, en consecuencia, comprenderlos mejor.

Y, al mismo tiempo, conseguir algo de no menor importancia, porque la literatura contribuye -facilita medios- para la afirmación de la personalidad. Y el alumno que estudia literatura, al hilo de sus lecturas, irá comprendiendo y comprendiéndose mejor, sintiendo y pensando más lúcida, más convencidamente, se afirmará y se confirmará al desarrollar su personalidad, porque -con las palabras de Pedro Salinas- «expresarse es vivirse».

Y a través del conocimiento de nuestra literatura en sus figuras y obras más relevantes, el alumno -niño, adolescente, joven- ahondará en el conocimiento del ser -cultura, espíritu- de la nación propia, tanto desde la perspectiva del lugar -patria chica- donde vio la luz primera, como desde la contemplación y el conocimiento -conocimiento es amor- de -no rehuyamos la palabra- la patria.

Y, asimismo, cultivará el gusto por la belleza y madurará su sentido estético.

Y pondrá bases sólidas para su capacidad crítica.

Y se afirmará en sus raíces culturales y vivenciales.

Y enriquecerá su intelecto para la reflexión sobre cuestiones de carácter moral, social, filosófico...

Y hallará múltiples motivos para el afinamiento de su sensibilidad.

Y, a la par, podrá efectuar numerosos y diversos aprendizajes de otras materias que le permitirán ampliar eso que suele denominarse Cultura general (5).

Sin olvidar el papel de la literatura como ayuda para otros aprendizajes (6).

Y, sin embargo, la enseñanza de la literatura está en crisis y su importancia disminuye de manera inexorable. Ciertamente no viene de ahora, y las lamentaciones ante tal certidumbre alcanzan ya antigüedad considerable. Son muchos los testimonios coincidentes que así lo corroboran. Recordemos tan sólo algunos especialmente significativos. Así, cuando a comienzos de los años setenta, los cambios experimentados en los planes de estudios anuncian un desplazamiento minusvalorativo de la enseñanza de la literatura, el profesor Lázaro Carreter subraya: «...en los planes de estudios que han sustituido a la ya extinguida Enseñanza Media, la Literatura ha pasado, o parece que va a pasar, a un lugar secundario, de «partenaire» entre elegante y frívola de otras materias que se juzgan fundamentales; su estudio será en gran medida voluntario, con lo cual desde los puestos de decisión política, se da por clausurada una larga etapa de la historia de la educación que atribuía a los estudios literarios la máxima capacidad civilizadora. Por otro, la sociedad (esto es, los estudiantes mismos) no parece lamentarlo, antes bien, subraya su acuerdo con aquella clausura.» (7).

Y Guillermo Díaz-Plaja escribe alarmadamente en ese mismo año de 1973: «Más grave todavía: los grados 6º, 7º y 8º de Enseñanza General Básica, que corresponden al antiguo Bachillerato elemental, no tiene preceptivamente marcado el estudio de la Literatura, por más que algunos autores hayamos aprovechado la posibilidad, establecida en las normas ministeriales, de desplegar paralelamente a los estudios de Historia, los correspondientes panoramas literarios. Resulta, pues, que el antiguo Bachiller elemental tenía una visión esquemática, elemental, del pasado de nuestras Letras, desarrollado en dos cursos. El graduado actual de Enseñanza General Básica puede salir sin tener ni una idea aproximada de quiénes hayan sido Cervantes, Lope de Vega o Rubén Darío. El ochenta por ciento de los españoles, pues, va a ser lanzado a la vida porvenir sin la menor conciencia de sus raíces espirituales.» (8).

En los últimos días del año 1973 -la alarma ha cundido-, otro profesor, Andrés Amorós, publica un artículo periodístico bajo el título: *La enseñanza de la Literatura ¿en peligro?* y en cuyos renglones iniciales previene: «Circulan actualmente rumores alarmantes sobre el futuro de la enseñanza de la literatura española.» (9).

Fruto de esta inquietud será, en seguida, un valioso libro, *Literatura y educación*, con los pareceres de numerosos profesores y escritores en defensa del valor de la Literatura como disciplina académica (10).

Et sic de coeteris... hasta la hora más reciente, en que la voz de un Camilo José Cela ya premio Nobel declara exasperadamente: «El Ministerio de Educación y Ciencia-ficción está desterrando la Literatura Española.» (11).

¿Qué hacer, ante tal situación -en el supuesto, naturalmente, de que la consideremos como auténtica-? Enseñar literatura -mientras podamos-, y enseñarla bien (12). ¿Cómo convertir en realidad este afán?

Exijámonos, ante todo, un sentido pedagógico, un verdadero y delicado sentido pedagógico de acuerdo con el concepto orteguiano. Se refiere el insigne pensador, en una página de sus *Meditaciones del Quijote*, a un bosque, «bosque -escribe Ortega- magistral; viejo, [...], sereno y múltiple. Además -continúa-, practica la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda. Quien quiera enseñarnos una verdad que no nos la diga, simplemente que aluda a ella con un breve gesto, gesto que inicie en el aire una ideal trayectoria, deslizándonos por la cual lleguemos nosotros mismos hasta los pies de la nueva verdad.» (13).

Y conocimiento de la materia. Mal se puede explicar lo que se ignora o se conoce deficientemente. Saber es una primera exigencia de la didáctica (14). Claro que es más fácil no saber que saber. (15).

Y vocación, de la cual nace el entusiasmo por la materia objeto de enseñanza. El profesor sin entusiasmo, sin amor a su disciplina, difícilmente -por no decir imposiblemente- podrá encender esa misma llama entusiasta en los alumnos. Porque «El modo de enseñar un arte o una ciencia -afirmó Benavente- es enseñar a amarla. De lo que se ama se aprende siempre y se sabe siempre.» (16).

Y tratar siempre de ser amenos. Un catedrático de literatura ya desaparecido, Alejandro Gaos, contaba, en un artículo titulado *La literatura sin tormento* (17), cómo una tarde de 1935, en el Ateneo de Madrid, Miguel de Unamuno le dijo -Alejandro Gaos era profesor de Instituto-: «Lo importante en ustedes los Catedráticos de segunda enseñanza es que no sean pelmas.» ¿Sólo -nos preguntamos- los profesores de segunda enseñanza?

¿Qué sentido puede alcanzar hoy el estudio y la enseñanza de la literatura? ¿A qué fines ha de atender primordialmente? Algo he apuntado ya anteriormente -con inevitable concisión- a este respecto. Pero quisiera insistir todavía, poner énfasis, en el valor de la literatura para el cultivo de la sensibilidad, para la autoexigencia ética y para la afirmación y el desarrollo de la personalidad humana.

Porque los alumnos -según sus edades irán ampliándose sus lecturas- pueden hallar en esas lecturas múltiples, diversísimos motivos de reflexión y enriquecimiento espiritual. Así, elemental ejemplo, *Platero y yo*, el libro universalmente conocido de Juan Ramón Jiménez, que narra con lírica emoción la amistad del poeta con un asno, puede despertar y acendrar en sus lectores infantiles y jóvenes el afecto, el respeto, la sensibilidad en fin hacia el mundo de los seres irracionales -que

buena falta hace, señálemoslo de paso-. Y, si no, recordemos una reciente información periodística, dada bajo el título siguiente:

«*Burrada*

«Hace algunos días, recibíamos en redacción una llamada de una persona contándonos un caso que nos evoca películas del más puro surrealismo buñueliano. Nuestro amable comunicante nos contaba un episodio que aconteció el pasado martes día 13 (¡cómo no!) en el tren que realizaba el trayecto Madrid-Segovia. En un punto concreto del recorrido, invadieron la vía cuatro burros, (en este caso pertenecientes a la especie equina) que impedían el paso del tren.

»El conductor del tren, según nos relataba nuestro comunicante, hizo varias señales acústicas y luminosas, consiguiendo que se apartaran 3 de los 4 animales. El otro, más terco que los demás, permanecía impassible sobre la vía. Como el burro no se quitaba «por las buenas», el conductor del tren optó por arrancar la máquina y arrollar al burro, solucionando el problema con esta forma tan cruenta.

»Los pasajeros del tren se apercebieron del suceso cuando una vez ocurrido, comenzaron a oír unos ruidos debajo del tren, ruidos que después se sabría procedentes de la horrible agonía del animal.

»La «burrada» del conductor ocasionó que los pasajeros tuvieran que cambiar de tren en Villalba debido a los desperfectos que el atropello había ocasionado en la máquina.

»Faltan 10 años para llegar al mítico 2000; estamos en la era de los ordenadores y en el 93 entraremos en Europa. ¿Será conveniente que los europeos conozcan estas pintorescas facetas de sus vecinos españoles, o será mejor que hagamos algo por cambiarlas?» (18).

¿Hubiera actuado igual -me pregunto- ese conductor desalmado -empleo el término en su sentido literal- si, cuando niño, hubiera leído *Platero y yo* y le hubiesen hecho reflexionar sobre el sentido y enseñanzas de esa obra?

Porque de eso se trata, y eso pretende -o debe pretender- la enseñanza de la literatura: enseñar a leer, en su más hondo y exigente sentido; inculcar el amor al libro. Que el más noble fin de todo profesor de Lengua y Literatura, en cualquier nivel de enseñanza, es el de fomentar en sus alumnos el interés y el amor al libro. Para que sea, de verdad, compañero nuestro para siempre, y se convierta en fecunda realidad el deseo expresado por Juan Ramón Jiménez en su conferencia *Política poética* (19):

«Siempre he creído que a la política, administración espiritual y material de un pueblo, se debe ir por vocación estricta y tras una preparación general equivalente a la de la más difícil carrera o profesión. Y entre las «materias» que esa carrera política exigiría para su complemento, la principal debiera ser la poesía, o mejor, la poesía debiera envolver a todas las demás. El político, que ha de administrar un país, un pueblo, debe estar impregnado de esa poesía profunda que sería la paz de su patria. Los más naturales poetas de todos los tiempos, y particularmente los poetas de su propio país, serían alimento constante de su vida. Si el político sintiera y pensara en la mañana de cada día con Shelley, con San Juan de la Cruz, con Petrarca, con Fray Luis de León, con Keats, ¡qué día tan distinto para él y para su país sería el día! Y si antes de ir al parlamento preparara poéticamente su actividad, su pensamiento, su carácter, ¡qué jiro tan distinto tomarían sus intervenciones y cómo no oíríamos ni veríamos lo que vemos y oímos cada tarde, esas tardes tristes de los mercados parlamentarios! Porque la verdadera poesía lleva siempre en sí la justicia, y un político debe ser siempre un hombre justo, un poeta; y su política, justicia y poesía.» (20).

Notas

(1) A este respecto el profesor Ernesto de la Torre Villar ha afirmado en fechas recientes: «La educación pasa por momentos muy críticos. Una razón puede ser el aumento de la población, que lleva inevitablemente a la disminución de la calidad. Pero hay más. Vivimos en un mundo tecnológico, en el que a veces se piensa que hay que impulsar únicamente la educación científica. Se considera que las Humanidades son un adorno para el hombre. Y esto es falso. Cuenta más hondura humanística posea el individuo, más preparado estará para asumir y defenderse del desarrollo tecnológico. El hombre, viva en la época en que viva, debe comprender a sus congéneres. Y eso sólo se consigue mediante el conocimiento de las Humanidades. Cuanto fallan las Humanidades nacen los fanatismos. Las Humanidades proyectan lo que de universal tiene el ser humano. Un mundo carente de sentido humanístico es un mundo condenado al fracaso».

(Declaraciones en el diario *ABC* del 31 de agosto de 1990, p. 44).

(2) José Montero Padilla: *Los clásicos y el niño*, en el libro, de VV.AA., *Literatura infantil*. Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 1990, p. 103.

(3) G. Díaz-Plaja: *La ventana de papel*, Barcelona, 1939, p. 173 y ss.

(4) *Literatura y Educación* (VV.AA.). Castalia, Madrid, 1974, p. 36.

(5) Cfr. Manuel Seco: *Metodología y didáctica de la Lengua y Literatura Españolas*. Dirección General de Enseñanza Media. Madrid, 1966, p. 40 y ss.

(6) Vid. M. Seco, Ob. cit., pp. 41-42.

- (7) F. Lázaro: *Cuestión previa: El lugar de la literatura en la educación*, en el libro, de VV. AA., *El comentario de textos*. Edit. Castalia. Madrid, 1973, pp. 7-8.
- (8) G. Díaz-Plaja: *Lengua o Literatura*, artíc. en el diario *ABC*.
- (9) En el diario *Pueblo* del 13 de diciembre de 1973.
- (10) *Literatura y educación* (VV.AA.). Castalia. Madrid, 1974.
- (11) En diario *ABC* del 31 de agosto de 1990.
- (12) Esta afirmación -enseñarla bien- puede parecer una obviedad y acaso lo sea, pero tampoco cabe ignorar la existencia en España, desde antiguo, de un extenso repertorio de pareceres -a menudo diatribas- acerca del modo de enseñar nuestra lengua y nuestra literatura. El tema lo hemos tratado en el libro *Sobre didáctica de la lengua y la literatura* (VV. AA.). Homenaje a Arturo Medina. Publicaciones del Departamento de Filología y su Didáctica. Madrid, 1989, pp. IX-XII.
- (13) José Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Revista de Occidente. Madrid, 1958 (5ª ed.), p. 38.
- (14) Vid. a este respecto *Literatura y Educación*, ed. cit., pp. 44-45, donde Andrés Amorós cuenta: «Cierta profesor que ocupa un alto puesto en uno de los ICES (Institutos de Ciencias de la Educación) me hizo una vez esta pregunta: «¿Qué cree, Ud., Amorós, que hace falta, antes de nada, para enseñar bien la literatura»? El se quedó atónito ante esta respuesta inesperada y añadió: «Bueno, yo me refería a programar». Y añade, poco después: «Para enseñar, hace falta conocer a fondo la materia correspondiente, antes que la didáctica general». (*Ibidem*, p. 45).
- (15) Tal aseveración la hacía ya Menéndez Pelayo: «Desde luego es más cómodo saber poco que saber mucho». *Estudios y Discursos de crítica Histórica y Literaria*, I. Edición Nacional. C.S.I.C. Santander, 1941, p. 75.
- (16) Jacinto Benavente: *Plan de estudios para una escuela de arte escénico*. Aguilar, Madrid, 1940, p. 16.
- (17) En el diario *ABC* del 7 de enero de 1956.
- (18) Publicada en el diario *Adelantado de Segovia*, de Segovia, el 17 de noviembre de 1990.
- (19) La primera edición de este texto, realizada por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, Instituto del Libro Español, apareció en Madrid, en 1936, y el texto citado figura en las pp. 31-32.
- (20) En la misma idea insistirá Juan Ramón Jiménez años después «En otra ocasión ha dicho, y ahora lo vuelvo a decir, que si un político o un general o un almirante o un químico leyera todas las mañanas un poema de Shakespeare, de San Juan de la Cruz, de Goethe, y todas las noches, otro de Dante, de Leopardi, de Fray Luis de León, sus decisiones serían bien diferentes» (en una entrevista realizada por el periodista puertorriqueño Juan Manuel Bertoli Rangel y aparecida en *La Prensa*, de Nueva York, el 1 de febrero de 1953. Ha sido incluida posteriormente en el libro de Juan Ramón Jiménez *La corriente infinita*, recopilación, selección y prólogo de Francisco Garfias, Aguilar, Madrid, 1961, p. 247; y en el volumen de Juan Ramón Jiménez *Prosas críticas*, preparado por Pilar Gómez Bedate, Taurus, Madrid, 1981, p. 248).